

Prosa oscura romántica

SELECCIÓN, PRÓLOGO Y NOTAS
E. EHRENDOST

Editorial Alastor



John Aikin

Sir Bertrand

UN FRAGMENTO



ir Bertrand dirigió su corcel hacia las escabrosas colinas con la esperanza de poder atravesar esos siniestros parajes antes del toque de queda. Pero, cuando todavía no había hecho la mitad del recorrido, una encrucijada de caminos lo desorientó, por lo que, no pudiendo alcanzar con la vista nada fuera del yermo páramo que lo circundaba, terminó indeciso sobre qué dirección tomar. En ese trance lo sorprendió la noche. Era una de esas noches en que la luna apenas derrama una débil claridad a través de las espesas nubes negras de un cielo encapotado. De cuando en cuando emergía con todo su esplendor de entre esos velos, pero al instante volvía a ocultarse tras ellos, apenas permitiendo al extraviado sir Bertrand escudriñar aquel vasto paisaje desolado. Por un tiempo, la esperanza y el valor nato lo impulsaron a seguir adelante, pero, finalmente, la creciente oscuridad y la fatiga corporal y mental lo vencieron. Temiendo moverse del lugar en el que se hallaba, por miedo a caer en algún pozo o pantano invisible a sus ojos, desmontó de su caballo y, abrumado, se tendió en el suelo.

No había permanecido mucho tiempo en esa posición cuando sus oídos se vieron asaltados por el lúgubre tañido de una campana distante. Se incorporó y, volviéndose hacia el sonido, percibió el débil centelleo de una luz mortecina. Tomó de inmediato las bridas de su corcel y, con paso cauteloso, avanzó hacia el resplandor. Tras una penosa marcha, se topó con un foso fortificado que rodeaba el lugar del cual procedía la luz, y, entonces, la momentánea aparición de la luna le permitió vislumbrar una enorme mansión antigua con torrecillas en las esquinas y un amplio pórtico en el centro. Por todas partes se advertían las ostensibles huellas de los estragos del tiempo: el techo habíase desmoronado en varios sitios, las almenas estaban parcialmente derruidas y las ventanas encontrábanse rotas y desmanteladas. Un puente levadizo, con un ruinoso portal en cada extremo, conducía al patio delantero del edificio. No bien sir Bertrand lo cruzó, la luz, que surgía de la ventana de una de las torrecillas, menguó hasta desaparecer de la vista. Simultáneamente, la luna se ocultó detrás de una nube negra y la noche se puso más oscura que nunca. Todo estaba en silencio.

José Cadalso

Noches lúgubres

(NOCHE PRIMERA)



EDIATO.— ¡Qué noche! La oscuridad, el silencio pavoroso, interrumpido por los lamentos que se oyen en la vecina cárcel, completan la tristeza de mi corazón. El cielo también se conjura contra mi quietud, si alguna me quedara. El nublado crece. La luz de esos relámpagos... ¡qué horrorosa! Ya truena. Cada trueno es mayor que el que le antecede y parece producir otro más cruel. El sueño, dulce intervalo en las fatigas de los hombres, se turba. El lecho conyugal, teatro de delicias; la cuna en que se cría la esperanza de las casas; la descansada cama de los ancianos venerables: todo se inunda en llanto... todo tiembla. No hay hombre que no se crea mortal en este instante... ¡Ay, si fuese el último de mi vida, cuán grato sería para mí! ¡Cuán horrible ahora! ¡cuán horrible! Pero más lo fue el día, el triste día que fue causa de la escena en que ahora me hallo.

»Lorenzo no viene. ¿Vendrá, acaso? ¡Cobarde! ¿Le espantará este aparato que Naturaleza le ofrece? No ve lo interior de mi corazón... ¡cuánto más se horrorizaría! ¿Acaso la esperanza del premio le traerá? Sin duda... el dinero... ¡Ay, dinero, lo que puedes! Un pecho sólo se te ha resistido... y ya no existe. Ya tu dominio es absoluto... y ya no existe el solo pecho que se te ha resistido.

»Las dos están al caer... esta es la hora de cita para Lorenzo. ¡Memoria!, ¡triste memoria!, ¡cruel memoria! Más tempestades formas en mi alma que esas nubes en el aire. También esta es la hora en que yo solía pisar estas mismas calles en otros tiempos muy diferentes de estos. ¡Cuán diferentes! Desde aquellos a estos todo ha mudado en el mundo... todo menos yo.

»¿Acaso será de Lorenzo aquella luz trémula y triste que descubro? Suya será. ¿Quién sino él, y en este lance y por tal premio, saldría de su casa? Él es. El rostro pálido, flaco, sucio, barbado y temeroso; el azadón y pico que trae al hombro; el vestido lúgubre; las piernas desnudas; los pies descalzos, que pisan con turbación: todo me indica ser Lorenzo, el sepulturero del templo, aquel bulto cuyo encuentro horrorizaría a quien le viese. Él es, sin duda. Se acerca. Desembózome y le enseño mi luz. Ya llega. ¡Lorenzo! ¡Lorenzo!

Charles Nodier

El castillo del lago

Davegando una vez por el lago de Ginebra pude ver, al pasar por delante de un castillo abandonado, cómo el terror ensombrecía de pronto el semblante de mi barquero, que de inmediato comenzó a remar con todas sus fuerzas para alejarse de aquel lugar.

—¿Qué te sucede? —le pregunté.

—¡Ah, señor, permítame huir lo antes posible! ¡Vea aquel fantasma que me amenaza desde una de las ventanas!

En efecto, al mirar vi una figura que realizaba gestos amenazantes.

—¡Esto sí que es interesante! ¿Puedes contarme qué cosas extraordinarias son las que suceden en ese castillo?

—Señor —comenzó el barquero—, tiempo atrás yo era un pescador muy intrépido. Mis amigos me repetían una y otra vez: “Honoré, no te acerques al viejo castillo; aunque los peces sean muy abundantes en esa zona, no te dejes tentar, pues todas las almas del otro mundo habitan allí”. Pero yo despreciaba sus consejos y, como veía a diario mis redes bien llenas, regresaba todos los días a aquel nefasto lugar. Había visto en numerosas ocasiones a los aparecidos, pero me burlaba de ellos y, desde mi barca, desafiaba a todos los espectros.

»Una noche, ¡noche funesta!, estaba sacando mi red cuando vi a un fantasma espantoso deslizándose sobre el lago. No me asusté en lo más mínimo, y tomé mi remo para repeler a la aparición (la misma que usted acaba de ver), pero, ¡oh, horror!, el monstruo agitó entonces su brazo e hizo surgir una llama que iluminó todo el lago. En ese mismo instante, mi barca se llenó de reptiles. El fuego brotaba de su boca, de sus fosas nasales y de sus ojos, y su voz se asemejaba al trueno. Tomó entonces mi barca con una mano vigorosa y, en un abrir y cerrar de ojos, la hizo desaparecer. Mientras toda mi pequeña fortuna se desvanecía, escuché al fantasma decir:

»—¡Temerario, el Infierno espera por ti! ¡Que este ejemplo enseñe a los débiles humanos a no desafiar jamás a los espíritus infernales!

»Mientras tanto, yo nadaba con todas mis fuerzas sin saber hacia dónde iba. Por fortuna para mí, un pescador me recogió de las aguas, me devolvió a la vida (pues había caído casi muerto en su barca) y me llevó de vuelta a mi hogar. ¡Ay!, yo me había salvado, pero lo había perdido todo: mi barca, mis redes y a mi pequeño hermano. Eso es lo que

Una historia de fantasmas

Hace no mucho tiempo, poco después de la última campaña, pasé una temporada en las posesiones del coronel de P***. Se trataba de un hombre sumamente alegre y jovial, así como su esposa era la tranquilidad y la ingenuidad en persona. En los tiempos en que permanecí allí, su hijo se encontraba prestando servicio en el ejército, de modo que el grupo familiar se reducía al matrimonio, dos hijas y una vieja francesa que desempeñaba el cargo de gobernanta o algo por el estilo, pese a que ambas jóvenes estaban ya un poco fuera de la edad de ser gobernadas.

La mayor era una cosa tan alegre y vivaz que casi rayaba en el desenfreno, no sin espíritu, pero tal que no podía dar cinco pasos sin ejecutar al menos tres contradanzas, del mismo modo en que en la conversación saltaba de un tema a otro, infatigable en su actividad. Yo mismo presencié una vez cómo en el espacio de diez minutos bordó, leyó, dibujó, cantó, bailó, y cómo en un momento lloró por su pobre primo, que había caído en el campo de batalla, y, aún con lágrimas en los ojos, rompió en una sonora y viva carcajada cuando la francesa echó sin querer su dosis de rapé sobre el hocico del faldero, que al punto comenzó a estornudar, a lo que la vieja, que cuidaba de hablar al susodicho faldero en italiano porque era oriundo de Padua, se lamentaba: «*Ah, che fatalità! Ah, carino, poverino!*»¹. Por lo demás, la joven señorita era la rubia más encantadora que cabía imaginarse, y en todos sus extravagantes caprichos primaban siempre la amabilidad y la gracia, de modo que ejercía por sobre todo, como sin querer, una fascinación irresistible.

Ofrecía el ejemplo contrario su hermana menor, llamada Adelgunde. En vano me esfuerso por encontrar palabras que logren describir la singular impresión que me causó esta muchacha la primera vez que la vi. Imaginad la figura más bella y el semblante más hermoso. Pero una palidez de muerte cubría sus mejillas y sus labios; su cuerpo se movía suavemente, con paso lento y acompasado; y cuando unas palabras apenas musitadas se escapaban de su boca levemente entreabierta, resonando en la amplia sala, uno se sentía atravesado como por un horror fantasmagórico. Pronto me sobrepuse, no obstante, a esta

¹ En español: «¡Ah, qué fatalidad! ¡Ah, precioso, pobrecito!».

Washington Irving

La aventura del estudiante alemán



En una noche borrasca, durante los tempestuosos tiempos de la Revolución francesa, un joven alemán retornaba a su alojamiento, a una tardía hora, atravesando la parte vieja de París. Los relámpagos centelleaban y los ruidosos fragores del trueno resonaban en las estrechas callejas... pero sería mejor que antes os hablase un poco más de este joven.

Gottfried Wolfgang provenía de una buena familia. Había estudiado durante algunos años en la universidad de Gotinga, pero, puesto que poseía un carácter visionario y entusiasta, terminó desviándose hacia esas extravagantes doctrinas especulativas que por tanto tiempo han encandilado a los estudiantes alemanes. Su vida retirada, su intensa dedicación y la singular naturaleza de sus estudios tuvieron un notable efecto sobre su cuerpo y espíritu. Su salud se resintió y su imaginación no tardó en enfermar. Se había entregado a fantasiosas especulaciones relativas a la esencia espiritual, hasta que, como Swedenborg¹, llegó a forjarse un mundo ideal propio a su alrededor. Cayó en la convicción, ignoro por qué causa, de que una influencia diabólica gravitaba sobre su persona, un genio o espíritu del mal que buscaba apoderarse de él y asegurar su perdición. Tal idea, al obrar sobre su melancólico temperamento, produjo los resultados más sombríos. Se lo comenzó a ver demacrado y abatido. Pronto sus amigos descubrieron la dolencia mental que hacía presa en él y determinaron que el mejor remedio sería un cambio de aires. Lo enviaron, por consiguiente, a finalizar sus estudios entre los esplendores y las jovialidades de la vida parisina.

Wolfgang llegó a París durante el estallido de la Revolución. El delirio popular capturó de inmediato su entusiasmo, y se dejó seducir por las teorías filosóficas y políticas de la época; pero las escenas sangrientas que siguieron causaron profunda impresión en su naturaleza sensible, por lo que, asqueado con la sociedad y con el mundo, se encerró más que nunca en su reclusión. Se aisló en un solitario apartamento del Pays Latin², el barrio de los estudiantes. Allí, en una lóbrega calleja no muy distante de los monásticos muros de la Sorbona, retomó sus estu-

¹ Emanuel Swedenborg (1688-1772), célebre teólogo y místico sueco.

² Antiguo nombre que los románticos daban al Quartier Latin (Barrio Latino) de París.

Nathaniel Hawthorne

El joven Goodman Brown



El joven Goodman Brown salió a la calle mientras la tarde caía sobre el pueblo de Salem, y, tras cruzar el umbral, volvió su rostro para intercambiar un beso de despedida con su joven esposa. Y Fe, pues tal era el nombre, por cierto que adecuado, de ella, asomó su cabeza al exterior, permitiendo al viento jugar con las cintas color rosa de su gorro mientras llamaba a Goodman Brown.

—¡Corazón! —susurró, con cierta dulzura y tristeza, cuando sus labios se hubieron acercado al oído de su esposo—, te ruego que aplaces tu viaje hasta el amanecer y que duermas en casa esta noche. Una mujer sola se ve asaltada por tales sueños y pensamientos, que a veces siente miedo hasta de sí misma. Te suplico que te quedes conmigo esta noche, querido, esta especialmente entre todas las noches del año.

—¡Mi amor, mi Fe! —respondió el joven Goodman Brown—; entre todas las noches del año, justo en esta debo separarme de ti. Mi viaje, como tú lo llamas, la ida y la vuelta, debe tener lugar entre este momento y el amanecer. ¿Es que dudas de mí, mi dulce y bella esposa, apenas tres meses después de casados?

—Entonces, que Dios te bendiga —dijo Fe, con sus rosadas cintas al aire—; y espero que encuentres todo bien a tu regreso.

—¡Amén! —exclamó Goodman Brown—. Reza tus oraciones, mi querida Fe, y acuéstate al anochecer; ningún daño habrá de alcanzarte.

Y así se separaron. El joven emprendió su marcha, pero, cuando ya iba doblando la esquina a la altura de la iglesia, miró hacia atrás y advirtió que su Fe seguía asomada, observándolo alejarse, con un aspecto melancólico a pesar de sus cintas.

«¡Mi pobre Fe! —pensó él, con el corazón acongojado—. ¡Cuán despreciable soy al abandonarla en pos de semejante cometido! Cuando me habló de sus sueños me pareció advertir que su rostro se turbaba, cual si una pesadilla le hubiese presentado la tarea que voy a realizar esta noche. Mas no, no: el sólo pensarlo la mataría. Ella es un ángel venido a este mundo, y, tras esta única noche, me pegaré a sus faldas para seguirla hasta el Cielo».

Con este noble propósito para el futuro, Goodman Brown se sintió justificado para acelerar su paso hacia el infame objetivo del presente. Se internó en un tétrico sendero boscoso, ensombrecido por tenebro-

Edgar Allan Poe

Morella

Αὐτὸ καθ' αὐτὸ μεθ' αὐτοῦ μονοειδὲς ἀεὶ ὄν.¹

- Platón. *Symposium*.



on un sentimiento de profundo pero también de singularísimo afecto miraba yo a mi amiga Morella. Puesto en relación con ella por casualidad hace muchos años, mi alma, desde nuestro primer encuentro, ardió con fuegos que nunca antes había conocido; pero estos fuegos no eran de Eros², y amarga y atormentadora para mi espíritu fue la gradual convicción de que de ningún modo podía yo definir su inusual significado o regular su vaga intensidad. Sin embargo, nos conocimos, y el destino nos unió frente al altar; y jamás hablé de pasión ni pensé en amor. Ella, no obstante, rehuía la sociedad, y, apeagándose sólo a mí, me hizo feliz. Es una felicidad maravillarse; es una felicidad soñar.

La erudición de Morella era profunda. Tan cierto como que estoy vivo, sus talentos no eran del orden común; sus facultades mentales eran enormes. Yo sentía esto y, en muchas materias, me volví su discípulo. Muy pronto, no obstante, advertí que, quizás a causa de su educación en Pressburg, solía poner ella ante mí varios de aquellos escritos místicos que son usualmente considerados como la mera escoria de la temprana literatura germana. Estos, no puedo imaginar por cuál razón, formaban su favorito y constante objeto de estudio; y el que con el tiempo se volviesen también el mío debe ser atribuido a la simple pero eficaz influencia del hábito y el ejemplo.

En todo esto, si no me engaño, mi razón no tomaba parte alguna. Mis convicciones, a menos que me desconozca, de ningún modo estaban influidas por lo ideal, ni podía matiz alguno del misticismo de mis lecturas ser descubierto, a no ser que esté en un gran error, en mis actos o en mis pensamientos. Convencido de ello, me abandoné ciegamente a la conducción de mi esposa, y con corazón resuelto me adentré en los laberintos de sus estudios. Y entonces... entonces, cuando, estudiando

¹ «En sí misma y por sí misma, para siempre única y sola». Cfr. Platón, *El banquete*, 211b.

² Dios del deseo amoroso entre los griegos, equivalente al Cupido romano.

Nikolai Gogol

Viy¹



penas resonaba por las mañanas en Kiev la estruendosa campana del seminario colgada sobre las puertas del monasterio de Bratski, de todos los extremos de la ciudad acudían en tropel los seminaristas y aspirantes. Los gramáticos, retóricos, filósofos y teólogos corrían, con los cuadernos bajo el brazo, a clase.

Los gramáticos eran aún muy pequeños; al ir, se empujaban los unos a los otros y se insultaban con voz muy atiplada. Casi todos tenían sus indumentos hechos jirones o sucios, y sus bolsillos estaban eternamente repletos de todo tipo de bagatelas, como ser pastelillos, silbatos hechos con plumas, tortas a medio comer y, a veces, hasta pequeños gorriones, algunos de los cuales, al chillar repentinamente en medio del extraordinario silencio de la clase, le ocasionaban a su dueño una buena zurra en ambas manos, cuando no una ruda azotaina con varas de cerezo.

Los retóricos caminaban con mayor aplomo. Sus trajes estaban a menudo absolutamente intactos, pero, en cambio, ostentaban casi siempre en la cara algún adorno que asumía la forma de un tropo retórico: o bien un ojo que desaparecía bajo la misma frente, o bien toda una burbuja que reemplazaba a un labio, o cualquier otro signo característico. Estos perjuraban y hablaban entre sí con voz de tenor.

Los filósofos caían incluso una octava más baja. En sus bolsillos sólo había fuerte picadura de tabaco, pues nunca almacenaban reservas, sino que devoraban inmediatamente cuanto caía en sus manos. Despedían un olor a pipa y a vodka tan penetrante a su alrededor que a veces el artesano que pasaba cerca se detenía y husmeaba el aire durante largo rato como un sabueso.

La feria, por lo general, a esa hora apenas empezaba a moverse, y las vendedoras, con sus rosquillas, sus panecillos, sus semillas de sandía y sus tortas de amapola, tiraban de aquellos cuyos faldones eran de paño fino o de cualquier género de algodón.

¹ El viy es una fantástica creación de la imaginación popular. Así llaman los ucranianos al jefe de los gnomos, cuyos párpados llegan hasta el suelo. Esta historia es una leyenda tradicional. No he querido cambiarle detalle alguno y la cuento aquí casi con la misma sencillez con la que la he escuchado. (*Nota del autor*).

Aleksei K. Tolstoi

La familia del vurdalak



n 1759 yo estaba perdidamente enamorado de la hermosa duquesa de Gramont. Esta pasión, que entonces creía tan profunda y duradera, no me dejaba descansar ni de día ni de noche, y la duquesa, como suelen hacer las mujeres bonitas, se complacía en coquetear para acrecentar mis tormentos. Fue así que, en un acto desesperado, solicité y obtuve una misión diplomática junto al hospodar¹ de Moldavia. La víspera de mi partida, me presenté en casa de la duquesa. Ella me recibió menos sarcástica que de costumbre y me dijo, con una voz que delataba cierta emoción:

—D'Urfé, comete usted una locura. Pero lo conozco y sé que es imposible hacerlo cambiar de parecer, por lo que sólo le pediré una cosa: acepte esta pequeña cruz como muestra de mi amistad y llévela puesta hasta su regreso. Es una reliquia de gran valor para mi familia.

Con una galantería quizás inapropiada para el momento, no besé la reliquia sino la encantadora mano que me la tendía. Me la puse luego alrededor del cuello y desde ese día nunca me la he quitado.

No os aburriré con los detalles de mi viaje, o con mis observaciones sobre los húngaros y los serbios, ese pueblo pobre e ignorante pero valiente y honesto que, aun bajo dominio turco, no había olvidado su dignidad y su antigua independencia. Alcanzará con decir que, dado que había aprendido un poco de polaco en una visita a Varsovia, no me costó entender algo de serbio, pues ambos idiomas, así como el ruso y el bohemio, no son más que ramas de una misma lengua, la eslava.

De modo que, sabiendo suficiente del lenguaje como para hacerme entender, llegué un día a una aldea cuyo nombre no es de importancia. Llegué un domingo, día en que los serbios acostumbra entregarse a diferentes placeres, tales como la danza, la lucha, el tiro con arcabuz y demás, por lo que grande fue mi estupor al encontrar a los habitantes de la casa en la que iba a hospedarme en un estado de extrema ansiedad y agitación. Atribuyendo aquella circunstancia a alguna desgracia repentina y reciente, me iba a retirar ya de allí cuando un hombre de unos treinta años, de elevada estatura y figura imponente, se me acercó y, tomándome de la mano, me dijo:

¹ Título eslavo, equivalente a lord o señor, propio de las regiones de Moldavia y Valaquia.

Gustavo Adolfo Bécquer

El rayo de luna

I



Manrique era noble. Había nacido entre el estruendo de las armas, y el insólito clamor de una trompa de guerra no le hubiera hecho levantar la cabeza un instante ni apartar sus ojos un punto del oscuro pergamino en que leía la última cantiga de un trovador.

Los que quisieran encontrarle no lo debían buscar en el anchuroso patio de su castillo, donde los palafreneros domaban los potros, los pajes enseñaban a volar a los halcones y los soldados se entretenían los días de reposo en afilar el hierro de su lanza contra una piedra.

—¿Dónde está Manrique, dónde está vuestro señor? —preguntaba algunas veces su madre.

—No sabemos —respondían sus servidores—. Acaso estará en el claustro del monasterio de la Peña, sentado al borde de una tumba, prestando oído a ver si sorprende alguna palabra de la conversación de los muertos; o en el puente, mirando correr una tras otra las olas del río por debajo de sus arcos; o acurrucado en la quiebra de una roca y entretenido en contar las estrellas del cielo, en seguir una nube con la vista o contemplar los fuegos fatuos que cruzan como exhalaciones sobre el haz de las lagunas. En cualquier parte estará menos en donde esté todo el mundo.

En efecto, Manrique amaba la soledad, y la amaba de tal modo que algunas veces hubiera deseado no tener sombra por que su sombra no lo siguiese a todas partes.


Amaba la soledad porque en su seno, dando rienda suelta a la imaginación, forjaba un mundo fantástico, habitado por extrañas creaciones, hijas de sus delirios y sus ensueños de poeta; porque Manrique era poeta, tanto, que nunca le habían satisfecho las formas en que pudiera encerrar sus pensamientos, y nunca los había encerrado al escribirlos.

Creía que entre las rojas ascuas del hogar habitaban espíritus de fuego de mil colores, que corrían como insectos de oro a lo largo de los troncos encendidos o danzaban en una luminosa ronda de chispas en la cúspide de las llamas, y se pasaba las horas muertas sentado en un escabel, junto a la alta chimenea gótica, inmóvil y con los ojos fijos en la lumbre.

Creía que en el fondo de las ondas del río, entre los musgos de la fuente y sobre los vapores del lago vivían unas mujeres misteriosas, hadas,

Charles Baudelaire

Las viudas

ice Vauvenargues¹ que en los jardines públicos hay caminos frecuentados principalmente por ambiciones frustradas, por inventores desafortunados, por glorias malogradas, por corazones rotos, por todas esas almas tumultuosas y calladas en las que aún retumban los últimos suspiros de una tempestad y que desean evitar la insolente mirada de los alegres y los ociosos. En esos refugios sombríos se dan cita los mutilados por la vida.

Es más que nada a esos lugares que el poeta y el filósofo gustan dirigir sus ávidas especulaciones. Allí hay abundante pasto para ello. Pues si algo desdeñan visitar es, sobre todo, como insinué anteriormente, la felicidad de los ricos. Esa agitación vacía nada tiene que les atraiga. En cambio, se sienten irresistiblemente arrastrados hacia todo lo débil, arruinado, contristado, huérfano.

Una mirada experta nunca se engaña. En esas facciones rígidas o abatidas, en esos ojos hundidos y apagados o brillantes con los últimos resplandores de una lucha, en esas arrugas profundas y numerosas, en ese andar tan pausado o tan violento, al instante descifra las múltiples leyendas del amor desengañado, de los sacrificios incomprensidos, de los esfuerzos sin recompensa, del hambre y del frío soportados humildemente y silenciosamente.

¿Habéis visto alguna vez, en esos bancos solitarios, viudas pobres? Con luto o sin él, fácil es reconocerlas. Además, siempre hay en el luto del pobre algo que falta, una ausencia de armonía que lo torna aún más lastimoso. Se ve obligado a escatimar en su dolor. El rico lleva el suyo con gran boato.

¿Qué viuda es más triste y causa más tristeza: la que tira de la mano de un niño con el que no puede compartir sus pensamientos vagabundos o la que está completamente sola? No lo sé... En una ocasión llegué a seguir, durante varias horas, a una anciana desconsolada de esta última clase; firme, erguida, con un corto chal deslucido, ostentaba en todo su ser la dignidad de una estoica.

¹ El marqués de Vauvenargues (1715-1747) fue un moralista francés autor de numerosos ensayos y aforismos. El pasaje al que se refiere Baudelaire puede leerse en «Sur les Misères cachées» (*Sobre las miserias ocultas*), parte de sus *Réflexions sur divers sujets*.

Conde de Lautréamont

Los cantos de Maldoror

(EXTRACTOS)



He visto, durante toda mi vida, a los hombres de hombros estrechos, sin exceptuar uno solo, cometer innumerables actos de estupidez, embrutecer a sus semejantes y pervertir sus almas por todos los medios. Llamen a los motivos de sus acciones «la gloria». Viendo esos espectáculos, quise reír como los demás, pero esto, extraña imitación, me era imposible. Tomé una navaja cuya hoja tenía un filo acerado y me abrí las carnes en los sitios en los que se unen los labios. Por un instante creí alcanzado mi objetivo. Miré en un espejo esa boca lacerada por mi propia voluntad. ¡Era un error! La sangre que corría en abundancia de ambas heridas impedía, por otra parte, distinguir si aquella era, en efecto, la risa de los demás. Pero, tras unos instantes de comparación, vi bien que mi risa no se asemejaba a la de los humanos; es decir, que yo no reía. He visto a los hombres, de fea cabeza y de horribles ojos hundidos en sus oscuras órbitas, superar la dureza de la roca, la rigidez del acero fundido, la crueldad del tiburón, la insolencia de la juventud, la insensata furia de los criminales, las traiciones del hipócrita, la fortaleza de carácter de los sacerdotes, a los comediantes más extraordinarios y a los seres más ocultos para el exterior; los más fríos de los mundos y del cielo; fatigar a los moralistas hasta descubrir su corazón y hacer caer sobre ellos la implacable cólera de las alturas. Los he visto a todos, en ocasiones, dirigiendo hacia el cielo un robusto puño, muy similar al de un niño ya perverso contra su madre, probablemente excitados por algún espíritu infernal, con los ojos cargados de un remordimiento a un tiempo agudo y rencoroso, en un silencio glacial, sin osar emitir las vastas e ingratas meditaciones que ocultaban sus pechos, tan llenas de injusticia y horror estaban, y entristecer así de compasión al Dios de misericordia; en otras, a toda hora del día, desde el comienzo de la infancia hasta el fin de la vejez, esparcir increíbles anatemas, carentes de sentido alguno, contra todo lo que respira, contra sí mismos y contra la Providencia; prostituir a las mujeres y a los niños, y deshonar así las partes del cuerpo consagradas al pudor. Entonces, los mares levantan sus aguas y engullen las naves en sus abismos; los huracanes, los temblores de tierra, derriban las casas; la peste,

Lafcadio Hearn

La mujer de la nieve



En una aldea de la antigua provincia de Musashi vivían dos leñadores llamados Mosaku y Minokichi. En la época de la que hablo, Mosaku era ya un anciano y Minokichi, su aprendiz, era un muchacho de apenas dieciocho años de edad. Todos los días iban juntos a un bosque que distaba unas cinco millas de su aldea. Para llegar a él, tenían que cruzar un ancho río, para lo cual había una barca. Muchas veces se habían construido puentes en el mismo sitio en el que estaba el embarcadero, pero todos eran llevados por las aguas: ninguno podía resistir las crecidas de aquel caudaloso río.

Un atardecer muy frío, Mosaku y Minokichi estaban regresando a su casa cuando se vieron sorprendidos por una fuerte tormenta de nieve. Llegaron al embarcadero y descubrieron que el barquero se había marchado, dejando el bote en la orilla opuesta. No era un día para nadar, por lo que los leñadores se refugiaron en la choza del barquero, sintiéndose muy afortunados por haber podido encontrar al menos un techo bajo el cual guarecerse. En la choza no había brasero ni lugar para hacer fuego, pues se trataba de una cabaña pequeña, con una sola puerta y ninguna ventana. Mosaku y Minokichi atrancaron la puerta y se echaron en el suelo para descansar, cubriéndose con sus largos casacones de paja. No experimentaban un frío excesivo, y estimaban que la tormenta amainaría pronto.

El anciano se durmió casi de inmediato, pero el muchacho, Minokichi, permaneció largo rato despierto escuchando el horriblo aullido del viento y los ininterrumpidos azotes de la nieve contra la puerta. El río rugía, y la choza crujía y se sacudía como un junco¹ en el mar. Era una tormenta formidable. El aire se comenzó a poner más helado a cada momento, y Minokichi empezó a temblar bajo su casacón. Pero finalmente, a pesar del frío reinante, también logró dormirse.

La súbita caída de nieve sobre su rostro lo despertó. La puerta de la choza se había abierto, y, al *yukiakari*², pudo distinguir en la habitación la figura de una mujer, una mujer toda vestida de blanco. Estaba inclinada sobre Mosaku y soplaba su aliento sobre él; y su aliento era como

¹ Antigua embarcación a vela característica de China, Japón y parte del sudeste asiático.

² Literalmente, 'resplandor de la nieve'.

Guy de Maupassant

El horlá

PRIMERA VERSIÓN



El doctor Marrande, el más ilustre y eminente de los alienistas, había solicitado a tres de sus colegas y a cuatro sabios versados en las ciencias naturales que fueran a pasar una hora al manicomio que dirigía a fin de presentarles a uno de sus pacientes.

Tan pronto como estuvieron todos reunidos, les dijo:

—Les expondré ahora el caso más extraño e inquietante que jamás haya encontrado. Por lo demás, no tengo nada que decirles sobre el sujeto: él hablará por sí mismo.

El doctor entonces llamó. Un criado hizo entrar a un hombre. Era en exceso delgado, de una delgadez cadavérica, delgado como algunos locos a los que roe un pensamiento, pues el pensamiento enfermo devora más la carne del cuerpo que la fiebre o la tisis.

Tras saludar y tomar asiento, les dijo:

—Señores, no ignoro por qué os habéis reunido aquí, y estoy dispuesta a relataros mi historia como me lo ha pedido mi amigo, el doctor Marrande. Durante mucho tiempo él me ha creído loco. Hoy, lo duda. En cuestión de minutos, vosotros sabréis que mi mente está tan sana, tan lúcida y tan clarividente como las vuestras, desafortunadamente para mí, para vosotros y para la humanidad entera. Mas deseo comenzar por los hechos mismos, por los simples hechos.

«Tengo cuarenta y dos años. No estoy casado, y mi fortuna es suficiente para vivir con cierto lujo. Habitaba, hasta hace no mucho, en una propiedad a orillas del Sena, en Biessard, cerca de Ruan. Amo la caza y la pesca. Pues bien, detrás de mi casa, por encima de los grandes peñascos que la dominan, tengo uno de los más bellos bosques de Francia, el de Roumare, y delante, uno de los más bellos ríos del mundo.

«Mi vivienda es amplia, está pintada de blanco por fuera, es bonita, antigua, y se emplaza en medio de un gran jardín plantado de magníficos árboles que asciende hasta el bosque, subiendo los enormes peñascos que acabo de mencionar.

«Mi personal doméstico se compone, o más bien se componía, de un cochero, un jardinero, un ayuda de cámara, una cocinera y una costurera que hacía las veces de una especie de ama de llaves. Todos ellos vivían

Joris-Karl Huysmans

Allá lejos

(EXTRACTOS)



uando los experimentos de alquimia y las invocaciones diabólicas fracasan, Prelati, Blanchet y todos los hechiceros y consejeros que rodean al mariscal¹ reconocen que, para atraer a Satán, es necesario que Gilles le ceda su alma y su vida o que cometa numerosos crímenes.

Gilles de Rais se niega a alienar su existencia y abandonar su alma, pero piensa sin horror en los asesinatos. Este hombre, tan valiente en los campos de batalla, tan bravo cuando acompañaba y defendía a Juana de Arco², tiembla ante el Demonio, se aterra cuando piensa en la vida eterna, cuando piensa en Cristo. Y lo mismo sucede con sus cómplices. Para estar seguro de que estos no revelarán las aterradoras infamias que el castillo oculta, les hace jurar sobre los Santos Evangelios que mantendrán el secreto, sabiendo bien que ninguno de ellos transgredirá ese juramento jamás, puesto que, en la Edad Media, ni el más osado de los criminales se habría atrevido a asumir el irremisible pecado de engañar a Dios.

Entonces, al tiempo en que sus alquimistas dejan de lado sus inútiles hornos, Gilles se entrega a una espantosa glotonería, y su carne, incendiada por las desmedidas esencias de las bebidas y los manjares, entra en erupción, arde en tumulto.

Ahora bien, en el castillo no había mujeres. Parece ser que Gilles, en Tiffauges, excreó el sexo. Después de experimentar las obscenidades del campo, y de frecuentar, junto a los Xaintrailles y los La Hire³, a las prostitutas de la corte de Carlos VII⁴, comenzó, aparentemente, a des-

¹ Gilles de Rais (1404-1440), soldado aristocrático francés, héroe nacional al servicio de Juana de Arco, que fue condenado a muerte al descubrirse que secuestró, violó, mutiló y asesinó sádicamente en sus castillos, en ritos de satanismo y necrofilia, a cientos de niños.

² Heroína nacional francesa que, antes de morir en la hoguera acusada de herejía, luchó para el rey Carlos VII de Francia en la fase final de la guerra de los Cien Años.

³ Jean Poton de Xaintrailles (1390-1461) y Étienne de Vignolles (1390-1443), más conocido como La Hire, fueron dos jefes militares franceses que lucharon junto a Juana de Arco.

⁴ Carlos VII el Victorioso (1403-1461) fue el rey francés que ganó la guerra de los Cien Años.

Oscar Wilde

Salomé

TRAGEDIA EN UN ACTO

DRAMATIS PERSONÆ.

HERODES ANTIPAS, TETRARCA DE JUDEA.

HERODÍAS, ESPOSA DEL TETRARCA.

SALOMÉ, HIJA DE HERODÍAS.

JOKANAÁN, EL PROFETA.

NAAMÁN, EL VERDUGO.

EL PAJE DE HERODÍAS.

UN JOVEN SIRIO, CAPITÁN DE LA GUARDIA.

TIGELLINUS, UN JOVEN ROMANO.

LAS ESCLAVAS DE SALOMÉ.

UN ESCLAVO.

UN CAPADOCIO.

UN NUBIO.

SOLDADOS.

JUDÍOS, NAZARENOS, etc.

Escena: Una gran terraza, en el palacio de Herodes, que da al salón donde se celebra el banquete. Varios SOLDADOS están acodados sobre la balaustrada. A la derecha hay una imponente escalera; a la izquierda, al fondo, una vieja cisterna rodeada por una verja de verde bronce. Luz de la luna.



EL JOVEN SIRIO.— ¡Qué bella está la princesa Salomé esta noche!

EL PAJE DE HERODÍAS.— ¡Mira la luna! Tiene un aspecto muy extraño. Parece una mujer que sale de su sepulcro. Parece una mujer muerta. Diríase que está vagando en busca de muertos.

EL JOVEN SIRIO.— Tiene un aspecto muy extraño. Parece una princesa que luce un velo amarillo y tiene pies de plata. Parece una joven princesa con pequeñas palomas blancas en lugar de pies. Diríase que está bailando.

EL PAJE DE HERODÍAS.— Es como una mujer muerta. Se mueve muy lentamente. *(Se oye ruido en el salón del banquete.)*

ÍNDICE

Prólogo.....	7
JOHN AIKIN	
<i>Sir Bertrand</i>	17
JOSÉ CADALSO	
<i>Noches lúgubres (NOCHE PRIMERA)</i>	21
CHARLES NODIER	
<i>El castillo del lago</i>	29
E. T. A. HOFFMANN	
<i>Una historia de fantasmas</i>	33
WASHINGTON IRVING	
<i>La aventura del estudiante alemán</i>	39
NATHANIEL HAWTHORNE	
<i>El joven Goodman Brown</i>	45
EDGAR ALLAN POE	
<i>Morella</i>	57
NIKOLAI GOGOL	
<i>Viy</i>	63
ALEKSEI K. TOLSTOI	
<i>La familia del vurdalak</i>	97
GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER	
<i>El rayo de luna</i>	117
CHARLES BAUDELAIRE	
<i>Las viudas</i>	125
CONDE DE LAUTRÉAMONT	
<i>Los cantos de Maldoror (EXTRACTOS)</i>	129
LAFCADIO HEARN	
<i>La mujer de la nieve</i>	143
GUY DE MAUPASSANT	
<i>El horlá</i>	147
JORIS-KARL HUYSMANS	
<i>Allá lejos (EXTRACTOS)</i>	155
OSCAR WILDE	
<i>Salomé</i>	163